

BURRITOS MILAGROSOS

Prof. JULIO S. STORNI
(Universidad de Tucumán, Argentina)

No se les ocurrió a los indios que Europa les mandaría el gracioso y servicial burrito español; semejante presente conmovió la más íntima sensibilidad del autóctono. Aquel tampoco habría presentado que en estas tierras de holgura iba a solazarse panza arriba durante meses y meses y hasta años y años, sin sentir sobre su lomo el resquemor de la carga a que sin tregua estaban sometidos sus padres españoles. Y como voy hablando de sorpresas, colijo que ni los mismos peninsulares presintieron tamaña mesa puesta para sus apetitos insaciables y sus ambiciones sin límites.

La filosofía interior que se vive al transitar por los pagos nuestros suele a veces establecer conclusiones un tanto temerarias, y piensa el filósofo: que los burros, animales irracionales acomodaran su destino en gracia de la Providencia, en buena hora, pero que analfabetos en plena brutalidad como Francisco Pizarro, que alcanza a ser cuasi emperador y asesina la dignidad jerárquica del autóctono, es horrible, y peor que eso, mil veces peor, la pretensión de los actuales Francisco Pizarros que de cuidar cerdos se le animan a la presidencia de la República...!

Sedentarios los indios de los valles tiawitas, soleados su tierra, parca la vegetación y el agua poca pero sabrosísima, en ningún lugar encontraron los burros mejor ambiente para su resignado destino y trabajada vida: laderas más lindas, cumbres más tentadoras, pastos más sabrosos, aires más prolificantes, jornadas más livianas y descanso más consolador. Al fin la Providencia había hecho memoria de ellos entregándoles este nuevo paraíso, tierra santa en donde si bien nunca se toparian con San José, la Virgen y el Niño Jesús, se vincularían con changos valientes y alegres, hijos originarios de la tierra, desafidores de vientos y fríos, con quienes en cordial amistad y comprensión solidaria, irían a buscar leña para sus fogones y maíz para el ulpo alimentador. Esos changos indios que jamás supieron de juguetes ni halagos infantiles con que el artificio refinado ofrenda prodigamente a los que nacen en las

ciudades civilizadas, hallan el suyo de carne y hueso, apto para sus confidencias y picarías: el burrito pacífico y juguetón para todas sus andanzas, burla burlando a madres y maestros. Y así marchan aprovechados, montados de a tres y hasta de a cuatro porque unos se acomodan al medio y el resto en el cogote y sobre la cola, embarullados por el sexo, trepando y trepando morros, y cuando las ramas secas, como deliberadamente amontonadas, les aseguran excelente recolección, tirando-se al suelo, dando tiempo al compañero burro de pacer tranquilamente, para después, calmosamente y entre chiste y chiste, cargarlo con cuarenta kilos de palos de algarrobo, chañar o espinillo, haciendo el retorno llenos de confianza y a veces con las manos abundosas de centavos, porque los ricos les compran la leña, y ellos, con renovada satisfacción se los llevan a sus padres que de inmediato transfórmanlos en azúcar y yerba para alentar el día, en consolación, admirados y contentos

El acoplamiento del burro evolucionó el paisaje, dió una tregua larga y quizá definitiva a la amiga llama, y reafirmó convencimientos espirituales que el indio sintió nacer con vilencia en el primer día de la conquista de su imperio. Hubo sin duda coincidencia misteriosa, la parquedad en la voz y la magnífica sobriedad; comprendiéndose complementaron en presencia de la adustez de la naturaleza y bajo la impresión de un acontecer que, si no entendieron, aprovecharon con serenidad y en plenitud.

Los caminos del Inka fueron hollados de otro modo, la recua de burros haciendo de transportadores de todos los productos comerciales que sustentaban la existencia indígena un recurso que antes, soportado exclusivamente por la llama, nunca pudo traspasar los caprichos de esta primitiva compañera tan llena de mimos y siempre predispuesta por su propia organización a no romper la ley biológica de su resistencia, notablemente calculada aún sobre la marcha, por desfiladeros abrumadores, cuando echada sobre el suelo obliga al patrón a esperar su descanso y disminuirle el peso de

la carga mortificante.

Repito, el burrito español transformó la economía regional, enriqueció el folklore, encantó a la niñez, estimuló a los adultos y, como macho de ley gustando de la yeguas, pobló el campo argentino de las mejores mulas de que se oiga elogiós, y que han servido y siguen sirviendo para arrastrar los carros de la pequeña y gran industria y sobre sus aguantaderas al caballero latifundista, al fraile socarrón y apostólico, al guerrero, al bohémio, al mercachifle trashumante, a la vieja curandera, a los enamorados y hasta al salteador de caminos de los campos.

Algún día se medirá el rol desempeñado por los burros en América, entonces la historia del progreso en el Nuevo Mundo incorporará una página brillante porque ese rol ha durado siglos, y aún perdura en algunas zonas donde este animalito humilde y sobrio es el único agente de transporte por cumbres y llanos, como en Colalao del Valle, en Calimonte, en Tiopunku, en Amaicha, en los rincones soledosos de La Rioja, en los similares de Catamarca, en los alejados de la puna jujeña y junto al simpático y optimista hogar campirriño, donde los santigueños mantienen la savia vernácula que engracia con singulares dones el corazón del hombre.

x x x

x x x